

GUSTAVO VALLE
EL BRILLO DE
LOS NIÑOS

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

A Manuel y Valentina

“Más vale ser niño que querer comprender el mundo”.

ÁLVARO DE CAMPOS

“Errantes, dispersos,
no caminan para llegar a un lugar, sino al atardecer”.

MARCO CORNELIO FRONTÓN

–Cerramos los ojos para no ver lo que nos castiga, para protegernos del miedo –les dijo José poco antes de que todo se precipitara–. Con sólo apartar nuestras manos del fuego evitamos quemarnos, si no queremos probar algo rancio no lo llevamos a nuestra boca, nos tapamos la nariz para no oler los cadáveres descompuestos. Pero oír es involuntario. Para no escuchar algo lo mejor es escuchar otra cosa, porque el silencio es una invención, la música inventó el silencio. Lo primero que hizo el universo fue sonar, después vino la música, por último, el silencio. Con la música viajamos en el tiempo, al pasado y al futuro, se adhiere a nuestra memoria, es la lanza que lleva en su punta lo que vendrá. Ustedes lo saben: al leer las partituras anticipamos los sonidos. Y al ser prisioneros del tiempo, lo somos de la música. En Auschwitz, coros y orquestas tocaban para los prisioneros; se escuchaba ópera durante las ejecuciones. También la música ayudaba a los condenados a sobrevivir y resistir. Todo le incumbe, lo bello y lo repugnante, lo sublime y lo terrible. Aquel versículo debió decir: hágase la música, porque su metrónomo rige nuestras vidas y transforma nuestra duración. Es el único arte que predice el futuro porque el futuro, al igual que ella, es invisible.

UNO

La piel de Yoisi comenzó a oscurecerse como solía ocurrir cuando estaba muy nerviosa o si había alguna amenaza o peligro. Gusmarling fue el primero en advertirlo y de inmediato miró a su alrededor, se puso a resguardo y abrazó a su hermanita.

Habían salido a las cuatro de la madrugada con muy pocas pertenencias. Él llevaba una mochila y el estuche de la guitarra. Ella cargaba con otra mochila y el estuche del violín. Llevaban ropa, algo de comida, la carpeta con los documentos, las llaves (por si volvían), el cuaderno de notas de Gusmarling y el libro de Rimbaud de Yoisiberth. Pero lo más importante eran las cenizas de Adela, que iban dentro de un frasco de madera tallada.

Faltaba poco para anochecer. Yoisi se quejaba del peso de su mochila y se había quedado unos veinte metros atrás, mientras Gusmarling tarareaba distraído. De pronto, del patio de una casa abandonada aparecieron cuatro niños con cuchillos en las manos. Ninguno superaba los doce.

–Danos la mochila –le dijeron a Yoisi, pero ella continuó caminando como si no hubiera escuchado nada.

–¿Eres sorda? –uno de ellos acercó el arma al cuello de la niña.

–No tengo nada que les interese –dijo Yoisi–. ¿Saben tocar el violín? ¿Qué van a hacer con las cenizas? ¿Las van a vender?

Cuando Gusmarling advirtió la situación, Yoisi forcejeaba con dos de los asaltantes. Corrió para socorrer a su hermana blandiendo la guitarra como si fuera un gigantesco martillo. Aquel muchacho, bastante alto para sus quince años, parecía un demonio flaco y aguerrido. Al verlo, los cuatro niños huyeron, pero antes, uno arrojó un cuchillazo al abdomen de Yoisi, que logró detener con su antebrazo. Los niños escaparon como ardillas en el monte.

–No es nada –dijo Yoisi, mientras su hermano sostenía su brazo ensangrentado. El corte, profundo y de unos diez centímetros de largo, había alcanzado algunas arterias. Gusmarling abrió su mochila y sacó una camiseta con la que envolvió el brazo de su hermana.

–¿Duele?

Ella movió la cabeza a ambos lados y se quedó mirando el sol que se escondía por detrás de la casa abandonada. Pronto la camiseta se empapó de sangre.

–Ya vuelvo –le dijo a Gusmarling, sacándose de encima la mochila y el estuche del violín.

Se internó dentro de un gamelotal que parecía una plantación silvestre de maíz o caña de azúcar. Las espigas brillaban con la luz dorada de la tarde.

Gusmarling se quedó cuidando las mochilas y los instrumentos. Durante ese tiempo, en el que no transcurrieron más de quince minutos, se sentó encima de una piedra, sacó su cuaderno y escribió: “El Yagual, 12/3/19: Yoisi tuvo otro episodio. Fuimos asaltados. No se llevaron nada. Ella está herida”.

Se había hecho de noche cuando apareció por detrás de la casa. Las espigas más altas alcanzaban unos tres metros y allí, en medio de esas alturas, destacaba su cuerpo diminuto y compacto.

Gusmarling la vio venir sin sorprenderse y guardó su cuaderno.

–Podemos seguir –dijo Yoisi, y devolvió a su hermano la camiseta. La prenda no tenía una sola mancha y estaba completamente seca. Gusmarling la dobló y la metió de vuelta en su mochila. Examinó su antebrazo y vio que donde antes había una lesión profunda ahora sólo quedada una fina y rosada cicatriz como un delgado hilo. Cargó con la mochila y el estuche.

–¿Quieres agua? –preguntó Gusmarling.

–No tengo sed –dijo Yoisi.

–Sigamos, se hace tarde.

Subieron a un ruinoso autobús que los llevaría hasta el próximo pueblo. En el interior había familias enteras con maletas, bolsos, cajas, morrales. Los pasajeros gritaban, se reían y sus voces ocultaban la música que se multiplicaba por los parlantes. No les asignaron un asiento, pagaron para viajar sentados en el pasillo.

El niño que viajaba al lado de Yoisi le preguntó:

–¿Y tu mamá dónde está?

–Mi mamá se fue con el huracán –dijo.

–¿Qué huracán? –preguntó el niño, y Yoisi aspiró y llenó sus pulmones hasta inflar su pecho y abdomen y sopló con todas sus fuerzas en la cara del impertinente.

–¿Qué haces, estúpida? –gritó el niño y comenzó a llorar en el hombro de su madre, que viajaba distraída en el asiento de al lado. La señora preguntó qué había ocurrido y el niño dijo:

–Ella me escupió –señalando a Yoisi.

La señora le preguntó a la niña por qué había hecho eso, y Yoisi respondió:

–Porque me dio la gana.

–Maleducada –le recriminó– ¿dónde está tu mamá?

–Se fue con el huracán –dijo Yoisi.

–¿De qué huracán estás hablando?

Como si fuera el aire el que le hablara, giró su cabeza hacia adelante, donde estaba sentado Gusmarling junto con la guitarra y la mochila.

–¡Te estoy hablando, cretina!

Yoisi sacó el violín y comenzó a tocar una sonata de Paganini para guitarra y violín, que solía interpretar con su hermano. Con el pie dio un golpecito a la espalda de Gusmarling, quien de inmediato sacó la guitarra. Los pasajeros hicieron silencio y el chofer bajó el volumen del estéreo; ahora sólo se oían los dos instrumentos. La madre del niño, iracunda, les pedía a los pasajeros que continuaran hablando, que no hicieran silencio. Pero no hubo forma. Los que estaban en los asientos de adelante giraron para verlos. Los que estaban atrás se asomaron por el pasillo o se ponían de pie. De pronto, el niño, que continuaba gimoteando al lado de Yoisi, alcanzó con su manita una de las cuerdas del instrumento y la arrancó de un tirón. El violín quedó con sólo tres cuerdas, pero Yoisi continuó tocando. Endemoniado, el niño atacó de nuevo y arrancó otra cuerda. La música se detuvo. La madre aplaudió. Los pasajeros reclamaron. El niño se escondió en el regazo de su madre y Yoisi se puso de pie (no medía más de un metro treinta), se acercó al niño y encajó su dentadura en el brazo del atacante hasta arrancarle un pedazo que luego escupió sobre el asiento.

–¡Asesina! ¡Es una asesina! –gritó la madre mientras su hijo se retorció del dolor.

El chofer se orilló y detuvo el autobús. Los pasajeros tardaron en reaccionar. Pero del fondo de la unidad, alguien dijo:

–Que se bajen.

Otro respondió:

–No los queremos aquí.

–¡Fuera! –gritó la madre del niño.

Y los pasajeros en coro:

–¡Fueeeera! ¡Fueeeera! ¡Fueeeera!

El chofer se acercó y los sermoneó con consejos previsibles y palabras más o menos piadosas. Condenó la violencia, los llamó salvajes, y les pidió que abandonaran la unidad.

Ambos lo escucharon atentamente. Yoisi guardó su violín y se colgó la mochila. Gusmarling hizo lo mismo con su guitarra y su equipaje. En silencio avanzaron por el pasillo hasta la puerta de salida y bajaron a la carretera.

Era una ruta secundaria, mitad de asfalto, mitad de tierra, muy estrecha, flanqueada por una tupida vegetación. Brillaba, opaca, una luna menguante.

Caminaron de noche, uno detrás de otro, sobre la orilla del camino. Hacía calor y ambos sentían sus espaldas mojadas por el contacto con las mochilas. Gusmarling iba adelante, silbando. Yoisi, atrás, en silencio. Las luces de los pocos vehículos que pasaban a su lado iluminaban a los caminantes. Algunos reducían la velocidad y los ocupantes se asomaban por las ventanillas, decían algo y luego aceleraban. Otros hacían cambio de luces y tocaban bocina, sin bajar la velocidad, despeinando el pelo crespo de Gusmarling y la cabellera lisa de Yoisiberth. Al cabo de dos horas, un camión se detuvo.

–¿Adónde van, niños del demonio?

–A la frontera.

–Para la frontera falta mucho, pero puedo dejarlos en la próxima parada.

Viajaron en la parte de atrás, donde había sacos de arena, ladrillos y herramientas de construcción, palas, picos,

serruchos, taladros. Asomando su cabeza desde la ventana, el chofer les advirtió:

–Ojo con robarse algo de lo que está allá atrás. Si se llevan así sea un granito de arena, les corto las manos con el serrucho.

El camión se desplazaba con lentitud y crujía con las irregularidades del camino. Gusmarling apoyó su cabeza en uno de los sacos y Yoisi se acurrucó en su regazo hasta quedarse dormida.

Más tarde, Gusmarling sacó el violín y reemplazó las cuerdas rotas con un par de cuerdas de repuesto que estaban en uno de los bolsillos del estuche. Después abrió la mochila y tomó en sus manos la bolsa de terciopelo en cuyo interior estaba el pequeño frasco de madera lleno de polvo grisáceo. Lo sostuvo como si se tratara de un corazón palpitante, giró la tapa, mojó con saliva su dedo índice y lo introdujo hasta sentir el esponjoso lecho de polvo. Con el dedo pringoso, pintó una cruz en el cuello inmóvil de Yoisi y después en el suyo. Con esa mancha fugaz y cenicienta, que apenas podía distinguirse en medio de la noche, quedaron los hermanos marcados.

Solía verificar que el frasco estuviera bien cerrado y la bolsa de terciopelo correctamente atada. Fue él quien eligió el frasco y la bolsa, y también quien decidió que la abuela tenía que viajar en la mochila de Yoisi.

Antes de partir se había tomado el trabajo de precisar el color exacto de aquellas cenizas. Había muchos tipos de grises: gris antracita, gris lobo, gris marengo, gris carbón, gris pizarra, gris ágata, gris perla, gris humo, gris niebla, gris nube. De todos esos colores el que mejor se adaptada a la abuela era el gris nube, pues eran cenizas muy claras,

casi blancas, tan parecidas a las nubes que Adela les enseñó a contemplar. Se acostaban los tres encima del pasto húmedo: Adela en el centro y Yoisi y Gus a ambos lados, y se quedaban viendo las nubes durante horas agarrados de las manos.

–Miren las nubes –decía la abuela–, somos cambiantes y aéreos como ellas. Mírenlas siempre. Pasan, se desmelenan, se funden. Y allá vamos nosotros, cabalgándolas.

Tomaba sus palabras de un libro de Baudelaire que pertenecía al tío Amílcar y que ella, como una manera de conservar algo de su hijo, se trajo consigo. También había traído un libro de Rimbaud, que terminaría convirtiéndose en el preferido de Yoisi.

Adela no recordaba con exactitud los versos de aquel libro, y cada vez que los recitaba los modificaba, casi siempre con cierto contenido religioso que el original no tenía.

–Todas esas nubes, errantes y luminosas, esos caóticos destellos tan cerca de la inmensidad y los horizontes del espíritu.

Y concluía:

–Amen las nubes, niños locos, así como yo las amo, las nubes que pasan allá arriba, ¡las maravillosas nubes!

Comenzaba a amanecer cuando se detuvo el camión en una encrucijada donde había cafetería y baños.

–Hasta acá los trajo el río –dijo el chofer–. Yo sigo para el otro lado.

Los hermanos se bajaron del camión y le dieron las gracias.

–¿Siempre viajan solos? –les preguntó desde la cabina.

–Sí –respondió Gus.

–¿Y sus papás?

–No los vemos desde el terremoto –dijo Yoisi.

–¿Qué terremoto? –preguntó el camionero. Pero los hermanos no dijeron nada más y siguieron rumbo a la cafetería, que aún tenía las luces encendidas y en su interior flotaban algunos clientes.

Se sentaron en una mesa frente a un viejo televisor y pidieron leche achocolatada para ella y una cerveza para él. La encargada dijo que con gusto le traería la leche a la niña pero que no servían alcohol a menores de edad.

–Entonces tráigame otra leche achocolatada –dijo Gusmarling.

El sol entraba por la amplia ventana del local para iluminar las seis mesas de madera y las sillas blancas de plástico, las paredes donde colgaban almanaques de veinte años atrás y la barra de aluminio desde donde los observaba el dueño, mientras secaba vasos y pasaba el trapo.

Se tomaron la leche achocolatada y Yoisi dijo:

–Tengo hambre.

Gusmarling llamó a la encargada y pidió sándwiches de jamón y queso, tostadas, huevos fritos y café. La encargada dijo que sándwiches tenían sólo de queso, que estaban dando solamente un huevo por persona, y no tenían café.

–Pero podemos darles un plato de avena caliente –añadió.

–Me encanta la avena –dijo Yoisi.

–Traiga dos platos de avena, por favor –dijo Gusmarling.

Mientras esperaban la comida, miraron la televisión. Los noticieros escupían las noticias del día. Muchedumbres en los aeropuertos, terminales colapsadas. Una reportera hablaba de debacle; otro, de cataclismo.

Empezaba a hacer calor y el local se llenó de gente. En su mayoría, camioneros adormecidos por haber conducido toda la noche y familias que bajaban de sus autos a tomar desayuno para después continuar camino. Visto desde

afuera el local parecía una embarcación con sus tripulantes, ganada a la inercia, sin rumbo fijo.

–En el camión soñé otra vez lo mismo –dijo Yoisi a su hermano.

Estaba sola en medio de un desierto sin orillas, desnuda, pero había agua bajo sus pies. Todo era desolación y sequía, una luz muy violenta la encandilaba, pero ella tenía agua bajo sus pies. Incluso al caminar, el agua la acompañaba bajo la planta de sus pies.

–Eso es por el hambre. Siempre te pasa lo mismo. Ya viene la comida –dijo Gusmarling, y sacó de su mochila un cuaderno y escribió: “Mata de Oso, 13/03/19. Segundo día. El viaje transcurre sin novedades. Todo normal. No dormí. Cuando tenga sueño lo haré. Yoisi sí durmió. Soñó lo mismo de siempre”.

Su hermana comió a gran velocidad la avena, el huevo, el sándwich, y pidió otra leche achocolatada. Lo hizo con tal voracidad que los clientes comenzaron a mirarla y hacer comentarios.

–Pasa hambre, pobrecita –dijo uno.

–Está en su etapa de crecimiento –dijo otra.

Esto último lo escuchó Yoisi y respondió:

–Yo no crezco, crecer es morir, yo soy inmortal.

Cuando llegó la cuenta, Gusmarling sacó la vieja billetera heredada de su padre. Era una billetera de cuero negra, deteriorada, con las costuras rotas. Adentro estaba la única foto que tenían de Kika y José: los dos, en una estación del metro, haciendo una de sus presentaciones. Extrajo los pocos billetes que había, pero el monto no llegaba a cubrir ni la mitad de la consumición.

–Es todo lo que tenemos –dijo a la encargada, quien se marchó y volvió a los pocos minutos junto con el dueño del local.

–¿Por qué pidieron tanta comida si sabían que no podían pagar? –reclamó el señor.

–Mi hermana tenía hambre –dijo Gusmarling.

–¿Y cómo piensan pagar?

–Podemos limpiar o ayudarlo en las tareas.

–Podemos tocar música para sus clientes —dijo Yoisi.

–No necesitamos ni ayuda ni música. Dame esa guitarra y asunto resuelto.

–La guitarra vale mucho más que dos huevos fritos, idiota.

El señor apretó los puños, pero se contuvo.

Los clientes que estaban en las otras mesas participaron en la discusión.

–Son niños, no tienen la culpa –dijo un camionero enorme, con cara de matón.

–Yo pago –ofreció una señora que estaba sentada junto a un hombre y dos niños. Se acercó a la mesa de los dos hermanos, dejó un billete de alta denominación y acarició la cabeza de Yoisi.

–Es un angelito –dijo la señora.

Yoisi se sacó de encima aquella mano como si fueran cucarachas que caminaban sobre su ropa.

–Ingrata –dijo la señora con asco y volvió a ocupar su asiento.

Junto al local había una estación de servicio donde una larga fila de camiones y camionetas esperaba para cargar combustible. Más allá, a orillas de la carretera, una al lado de otra, había empalizadas cuyos dueños se desperezaban y colgaban de precarias estructuras de madera: ristras de ajo, sacos de naranjas y limones, manos de cambures, mangos, piezas de cochino frito, chicharrones y casabe para la venta.

El sol comenzaba a castigar los apamates, caobos, yagrumos, y taladraba el asfalto hasta hacerlo derretir como si fuera petróleo. Un grupo de perros merodeaba las empalizadas a la espera de algún descuido para llevar entre sus dientes el botín del día. Los vehículos circulaban en ambas direcciones, algunos a gran velocidad, salvo los que paraban para tomar café o desayunar.

Gus y Yoisi salieron de la cafetería, hicieron uso de los mugrosos baños y se disponían a continuar su camino a pie, con todas sus pertenencias al hombro, cuando escucharon ruido de frenos, gritos y agudos chillidos.

Una camioneta llena de pasajeros perdió el control, chocó contra una de las empalizadas y volcó sobre el asfalto. Los pasajeros comenzaban a salir lentamente por las ventanas, heridos o magullados, lamentándose del dolor. El conductor, cuya cabeza se asomaba por fuera de la ventanilla, pegada al asfalto, había perdido el conocimiento. Los cambures, los ajos, los casabes y el cochino frito estaban en el suelo, y las naranjas, mangos y limones aún rodaban como satélites de aquel cataclismo.

De la cafetería salieron los clientes a ver a los heridos y a especular con lo que había ocurrido. El dueño de una de las empalizadas, que no había sufrido ni un rasguño y no paraba de arrojar maldiciones contra la cabeza inerte del conductor, se llevaba las manos a la cabeza al comprobar que su precaria tienda había quedado destruida. La pandilla de perros, tras superar el susto, aprovechó la distracción del comerciante para disputarse entre los más grandes y rápidos el cochino frito y los chicharrones; salvo uno de ellos que, casi invisible, había quedado atrapado debajo de las ruedas del vehículo. El perro, más pequeño que mediano, de pelo marrón sucio y con la mirada de clemencia más enternecedora que habían visto, llamó la

atención de los dos hermanos, que de inmediato fueron en su rescate.

No fue fácil sacar al perrito debajo de las ruedas, y mucho menos practicarle los primeros auxilios. La gran mayoría de las personas que había eran mirones y opinadores, y los pocos que prestaban ayuda la dirigían a las personas atrapadas.

La grúa del taller mecánico de la estación de servicio logró dar vuelta a la camioneta para asistir a varios pasajeros que aún continuaban adentro y al conductor cuya cabeza estaba bañada en sangre. Gus y Yoisi levantaron al perrito del asfalto, lo sostuvieron en sus brazos y lo trasladaron varios metros más allá, bajo la sombra de un árbol, al borde de la carretera.

Alrededor de ellos se reunió el resto de la jauría a dar ladridos y a mover la cola. El perrito temblaba encima del pasto, tenía una pata muy inflamada y le sangraba el ano. Su expresión era dulce y benigna, pero apenas le tocaban su pata o intentaban limpiarlo, rugía, asomaba sus colmillos e intentaba morder.

Yoisi puso su manita encima de su cabeza peluda y comenzó a acariciarla. Recorrió suavemente la frente del animal y sus orejas, que tenían un color blancuzco. Luego pasó sus deditos por el cuello y después por la nuca, donde pudo ver cómo montones de pulgas, alocadas, escapaban saltando.

–Casi te matan, perrito –dijo Gus.

–Lo llamaremos Susto –dijo Yoisi, que no paraba de acariciarlo.

Así estuvieron durante casi una hora. Yoisi pasaba sus manitas regordetas por la cabeza del perro y Gusmarling le daba agua a la jauría de su propia botella. Fue y volvió del baño varias veces para recargar el envase. Después abrió su mochila, sacó algo de ropa que había adentro y empujó el

resto del contenido hasta el fondo para hacer espacio. Sostuvo al perrito con cuidado. Parecía dormido. Lo introdujo allí, procurando mantener afuera su cabeza, que colgaba del borde de la tela, sin tonicidad. Así avanzó por la orilla de la carretera, bajo la sombra de los apamates. Detrás iba Yoisi, acariciando la cabecita de Susto.

No estuvieron presentes en el momento en que aquel cuerpo esquelético y diminuto ingresó al horno crematorio. Ninguno de los dos conocía los pormenores de la incineración, pero ambos se las ingeniaban para describir el proceso:

–El cuerpo es extraído del cajón y acostado en una camilla –decía Yoisi.

–En esa posición es sometido a una temperatura aproximada de 800°C durante dos o tres horas –apuntaba Gus.

–Luego los restos se dejan enfriar encima de una mesa metálica –continuaba Yoisi.

–Después se trituran en una máquina similar a una licuadora industrial –decía Gus.

–Y se entregan en el frasco que previamente compraron los familiares –concluía Yoisi.

Se habían memorizado sus partes como si pertenecieran al libreto de una brevísima obra de teatro que sólo ellos dos representaban. Las repetían como un mantra para que no se les olvidara. Relatar imaginariamente la cremación era la manera de participar en el instante en que el cuerpo de Adela se había transformado en polvo.

–¿Cómo puede un cuerpo hacerse polvo? Yo preferiría hacerme líquida –decía Yoisi.

–O hacernos lluvia.

–Eso sería todavía mejor... ¿Y después de convertirnos en polvo, en qué nos convertiríamos? –preguntaba Yoisi.

- En pensamientos -decía Gus.
- ¿Y quién piensa esos pensamientos?
- Alguien que se acuerde de uno.
- ¿Y si nadie se acuerda?
- Entonces nos convertimos en viento.
- Yo a veces escucho cosas en el viento. Son los muertos que ya no pueden decir nada. El viento habla por ellos.
- O nos podemos convertir en nada.
- Eso me gusta más. A la nada nadie la molesta.

Este libro no hubiese sido posible sin la lectura, influjos, atmósferas, referencias y citas de los siguientes cuentos, poemas, ensayos y novelas:

El extranjero, Charles Baudelaire.

El libro contra la muerte, Elias Canetti.

Claus y Lucas, Agota Kristof.

La infancia de Jesús, J. M. Coetzee.

“Informe para una academia”, Franz Kafka.

“La cenicienta”, hermanos Grimm

“Hansel y Gretel”, hermanos Grimm

“La tortuga gigante”, Horacio Quiroga.

El elegido, Thomas Mann.

Las aventuras de Huckleberry Finn, Mark Twain.

Tao Te King, Lao Tse.

Iluminaciones, Arthur Rimbaud.

Las nubes, Juan José Saer.

La cruzada de los niños, Marcel Schwob.

“La casa ideal”, Robert Louis Stevenson.

El odio a la música, Pascal Quignard.

Cándido, Voltaire.

ÍNDICE

UNO	13
DOS.....	29
TRES.....	61
CUATRO.....	91
CINCO.....	111
SEIS.....	125
SIETE.....	177
OCHO	185
NUEVE	191
DIEZ.....	199
ONCE.....	211
DOCE.....	229

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 24 DE OCTUBRE DE 2025